

UN CAMINAR SIN OBJETIVO FIJO

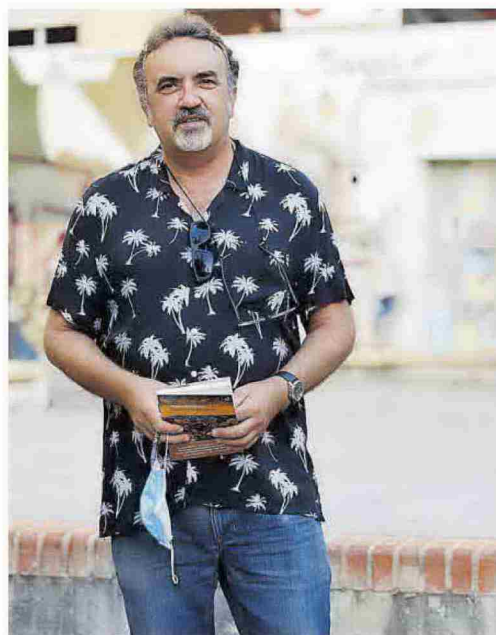
Sobre 'Cuadernos de tierra', el último libro de Manuel Moyano

En ocasiones, el escritor necesita abandonar su vida cómoda frente al escritorio porque su espíritu ansía nuevos horizontes. Es, entonces, cuando impulsado por un cierto aire de aventura decide bordear lo desconocido. Durante un lustro, entre 2007 y 2012, insuflado por este espíritu de renovación, **Manuel Moyano** realiza una serie de salidas, de excursiones, bordeando los ríos, adentrándose en los bosques, experimentando el insufrible calor del sureste español. Los trayectos que emprende con renovado ánimo responden a una idea de abandono, a una necesidad interior que se traduce en experiencias en comunión con la naturaleza, en soledad, y que, garabateadas en el cuaderno del escritor, han dado lugar con el paso de los años a un hermoso libro, *Cuadernos de tierra*. Moyano ha tardado un tiempo en dar forma a estas exploraciones porque es bien cierto que los libros, como si tuviesen vida propia, a veces escogen su momento, el que consideran adecuado, para adquirir su definitiva configuración.

El narrador de *Cuadernos de tierra* acomete una serie de excursiones por el sureste español, caminando sin objetivo fijo, con la única intención de sentir la libertad que todo hombre desea, en «la búsqueda de un impreciso estado mental». Animado por el espíritu inagotable que atraviesa a un contador de historias, atiende a cualquier detalle que encuentra, a cualquier susurro contado a media voz por alguien. Así pues, casi de forma azarosa, el viajero alcanza a vislumbrar otras historias que no tienen nada que ver con el camino que describe, porque el más mínimo detalle alimenta su imaginación. Y es, precisamente, el deseo de saber más sobre esas historias que ha encontrado en el camino el que incita al viajero a volver sobre sus pasos, retornando al lugar de los hechos en busca de información. Es la curiosidad por cerrar el círculo de un viaje, de una narración. Es la necesidad implícita de llegar con una historia hasta el final.

El viajero bordea los ríos buscando las fuentes del río Segura o su desembocadura en Guardamar, remonta el río Mula hasta sus orígenes, o, incluso, toma como 'eje argumental' un río prácticamente seco, el Vinalopó. Pero también se adentra por la sierra de Albacete, en un auténtico tour de force que lo lleva a recorrer una porción de las Cordilleras Béticas, o viaja por las montañas alicantinas atravesando el valle de Gallinera. En estas excursiones, el viajero se comporta como un puro observador, un antropólogo que desgana aquellos aspectos de la naturaleza y de la vida humana que le llaman la atención, ya sean los cormoranes en el río, el trabajo del esparto o las casas excavadas en la roca. Hasta cierto punto, quiere sentirse «como un hombre primitivo, en los albores de la especie». No lo detiene el asfixiante calor, ni las incomodidades del viaje, ni el cansancio, ni los achaques de la edad. A veces, parece estar a punto de abandonar el proyecto, pero una cierta tozudez siempre le incita a seguir adelante. Al mismo tiempo, el cansancio y el agotamiento impulsan en su ánimo una especie de purificación.

Atento a los detalles que ofrece el camino, como un 'rastreador de historias', el viajero encuentra en sus trayectos por el sureste español, casi por azar, singula-



res y, en ocasiones, desconcertantes historias, como la del extraño autoestopista asesino, que recorriendo Europa ha cometido cerca de Socovos una fechoría en la persona de un viejo campesino, o como el crimen de Góntar, que trae recuerdos de la barbarie implícita en los albores de la guerra civil, o como la estancia de un nazi, durante años, en el valle de Gallinera.

Y el viajero, pensando ya en un futuro libro, actúa también como un investigador, desplazándose a posteriori a los lugares donde han tenido lugar los hechos narrados, con la intención de entrevistar a informantes, porque lo que se busca es una fábula que contar. Y entonces es cuando se topa con tradiciones que han quedado retenidas en la memoria de las gentes del lugar, con elementos que transforma la tradición oral, modificando aquí y allá el núcleo de la historia.

El viajero se tropieza, pues, con pequeñas historias que acontecen entre el asfixiante calor, porque el universo está trenzado de historias mínimas que se mezclan con las obsesiones particulares. El resultado final es un cuaderno de viajes por el sureste, la narración de un viaje de purificación, porque, efectivamente, todo parece aunarse en la llamada de lo salvaje, que diría **Jack London**, en la necesidad de palpar la inmensidad de la naturaleza. Se busca 'el trance del camino' y, al mismo tiempo, sortear aunque sólo sea por unos días el vacío que provoca la vida cotidiana, porque «mientras se camina, la vida parece tener algún sentido». De hecho, cuando el deseo de soledad y el ansia de sacrificio remiten, el camino queda cerrado, acabado.

Sabemos que siempre quedan en el recuerdo ciertos destellos de felicidad o, dicho de otro modo, la ilusoria idea de que se fue «completa y absurdamente dichoso», porque, al final, el viajero también sabe que tiene que volver a su lugar, el que ocupa, cómoda y alegremente, frente al escritorio.



Pedro Amorós